

La huella de la memoria III

Relatos

Carlos Debandi

Espacio Cultural El Sitio
Paravachasca, 2020

Una historia con mensaje vigente

Esta historia sucedió alrededor del 2005.

Presidía yo en ese tiempo a la Agencia Córdoba Ciencia, nos habíamos planteado como objetivo propiciar el desarrollo tecnológico para la innovación productiva en la Provincia.

La industria automotriz vivía una de sus clásicas crisis cíclicas.

Teníamos contratado – por sugerencia de un conocido empresario - a Guillermo Solfanelli, un experto en el curtido de cueros que venía de experiencias empresarias fallidas, de esas que dejan profundas enseñanzas.

Solfa, era mi colaborador principal en la búsqueda de temas innovadores. Además, un gran amigo de todos los que lo rodeamos.

Un día me dijo: “si procesáramos en Córdoba todo el cuero que dispone la producción cárnica en la provincia, facturaríamos una cifra similar a la del complejo automotriz, y generaríamos una cantidad similar de puestos de trabajo”. No era poca cosa, como para no ocuparnos de esa idea.

Las pocas curtiembres cordobesas se habían cerrado para evitar la contaminación de los ríos y arroyos destinados a la industria turística, lo cual era acorde con las ideas del Gobernador De la Sota de defender el modelo turístico.

Había que estudiar el tema: cómo manejar la contaminación.

En ese momento, todo el cuero que se producía en Córdoba era procesado en Buenos Aires, en la zona de Berisso.

Simultáneamente la industria automotriz mundial tuvo que acatar la disposición que el cuerpo de los ocupantes de vehículos debía estar en contacto con fibras naturales, como el cuero animal. Esa disposición internacional para la industria automotriz, disparó el precio del cuero en todo el mundo. El negocio se agigantó.

Elaboramos en la Agencia un anteproyecto para la creación de una empresa estatal, provincial, a ubicar a la vera de un río importante, como el Río Cuarto, por ejemplo, que se encargara de proveer el servicio de saneamiento del agua contaminada por empresas procesadoras del cuero a instalarse en un parque industrial vecino a ella.

Proponíamos que fuera el propio Estado Provincial quién se encargara de garantizar que los efluentes del parque industrial fueran químicamente limpios, para ser volcados nuevamente al cauce del río. Y que la empresa cobrara ese servicio a las curtiembres y procesadoras del cuero. Una responsabilidad difícil de confiar al sector privado. Menos aún dejarlo en manos de las curtiembres individuales.

La carpeta con el anteproyecto quedó en manos del Gobernador. Nunca tuvimos una respuesta. Supusimos que no habíamos logrado superar las dudas que la presunta contaminación pudiera ser eliminada.

Poco tiempo después viajamos a Italia a resolver cuestiones vinculadas al Proyecto Caprino, que contaba con el apoyo financiero del Gobierno de la Región Piemonte. En ese viaje, un grupo de productores de cuero de Cúneo nos transmitieron su deseo de instalar una gran curtiembre en Córdoba. Les dijimos que la provincia tenía interés, y que la condición a cumplir era que debían devolver el agua efluente de la planta con la misma calidad de la que tomaban del río. Nos miraron sonrientes y dijeron: “No, mejor nos vamos a invertir a Guatemala” (sic).

Es indiscutible que la industria del cuero es una actividad “sucias”, contaminante, por esa razón los países del primer mundo derivaron esas y otras producciones “sucias” a los del tercer mundo.

Pero también se han desarrollado tecnologías limpias, que emplean productos y procesos menos contaminantes, que pueden ser aplicadas. Creamos un grupo de investigación en el Ceproc para desarrollar esas tecnologías. Se lograron algunos resultados alentadores, con el reemplazo de químicos por productos naturales, y con el empleo de ozono, pero, al no concretarse el proyecto industrial local, el grupo terminó realizando investigaciones y servicios a las empresas de Buenos Aires.

Córdoba tenía por ese entonces una gran producción ganadera, pero no disponía de suficientes frigoríficos, de modo que gran parte de la carne se procesaba en provincias vecinas, y los cueros se iban, crudos, a otras latitudes.

Parece que luego, la cantidad de frigoríficos ha crecido, aunque algunos son extranjeros. Los cueros siguen siendo procesados en Buenos Aires, quedando allí el correspondiente valor agregado industrial. O exportados crudos, lo que es peor.

Cuando un país tiene a la producción de alimentos como una de sus grandes actividades, debe investigar todas las cuestiones relacionadas directa o indirectamente con esa producción, y descubrir los caminos que conducen al aprovechamiento integral.

Una de las tantas deudas que tiene nuestro sistema científico tecnológico, que se suma a la despreocupación de productores que se enriquecen lo suficiente con el fruto, y tiran la cáscara.

Esta es una discusión pendiente, relacionada con el modelo agroexportador argentino, a la cual no esquivaremos. Nuestro Espacio Cultural comenzará a desarrollarla.

Repasando historias

Corría el año 1975, la economía estaba en picada. Isabel Martínez (alias Isabelita) designó como ministro de economía a Celestino Rodríguez, que tuvo una idea poco brillante: devaluó 100% en 24 horas.

Sentíamos que nos caíamos en un pozo profundo. Sin fondo.

Estábamos en ese entonces, con mi amigo Fernando “Corcho” Daroqui asistiendo, como representantes privilegiados del IMAF, al Primer Curso Latinoamericano de Metalurgia, organizado por el Programa respectivo de la OEA, a la cual asistían colegas de casi todos los países de América Latina. El curso lo dictaban los cuatro principales expertos del mundo en aceros, aleaciones livianas, soldadura, y propiedades mecánicas. Guardo todavía un ejemplar del libro que se editó con las principales presentaciones.

La OEA había otorgado becas para cubrir los gastos de los asistentes. El curso duraba cinco meses, con clases todos los días. Se dictaba en las instalaciones de la CNEA en Migueletes. Las becas para los extranjeros eran en dólares. Para el Corcho y para mí, en pesos, porque éramos nacionales.

Al día siguiente del “Rodrigazo”, así se llamó aquel despiadado momento nacional, nuestros amigos extranjeros amanecieron ricos, el Corcho y yo pasamos para abajo de la línea de pobreza. Pero, jóvenes todavía, soportamos la inclemencia y finalizamos – no sin protestar – el importante curso.

Pero la anécdota va para otro lado. Entre muchos productos que comenzaron a escasear, el aceite comestible ocupó el primer puesto. Con el Corcho volvíamos a Córdoba semana por medio a ver a nuestras familias, ambos teníamos ya una hija. Viajábamos en tren (si, en tren pulman, que en 9 horas unía Córdoba y Retiro, si, en 9 horas...¿No me creen?). Viajábamos en tren porque era más barato, más cómodo, y más rápido que el ómnibus. Increíble, ¿Verdad?

Pero así era. En cada viaje llevábamos un par de latas de aceite, de cinco litros, que conseguíamos en Buenos Aires. Recuerdo que era tal el temor al desabastecimiento que en nuestra casa se llegaron a acumular más de treinta litros de aceite.. Cuando finalizó el problema estuvimos más de un año sin comprar aceite.

Mi santa suegra (el señor la tenga alegre, porque cuando me muera, me tocará un hoyo a su lado, según reza el plan que estamos pagando, desde hace no sé cuántos años, junto con Susana, mi ex).

Mi suegra, decía, nos había conseguido un pequeño departamento mono ambiente en San Benito de Palermo. Allí estábamos, como duques, con el Corcho.

El dueño del departamento, un simpático “busca” porteño se dedicaba a la compra y venta de salames (entre otras cosas) y era uno de esos comerciantes lúcidos y acelerados, formado en las duras calles selváticas de la urbe. A veces traía un vino y se quedaba a charlar con nosotros., mientras degustábamos salames picado fino típicos de Baires.

“El problema es que no se pare la rueda”, decía nuestro amigo. Esa era su frase consigna del momento. “Miren”, decía mientras nos mostraba una colección de cheques, “ninguno tiene fondos, uno me lo da a mí, yo se lo paso a otro, es dinero inexistente, cuyo valor existe mientras no se pare la rueda... si un día a un boludo se le da por ponerle fecha y presentarlo al banco, se cae el país... todo este puto país está apoyado en estos papeles... ésa es la gran rueda que no debe pararse”.

Semejante conferencia económica nos dejaba perplejos, al corcho y a mí, pero entendíamos que tenía razón.

Esta mañana, la cuarentena y el necesario y dudoso abastecimiento de productos esenciales que requerimos mantener, me hizo recordar aquel momento.

Quienes hasta hace cinco días nos ofrecían abastecernos como delivery, verduras, pollo fresco, productos de limpieza, comidas preparadas, ha comenzado a decaer.

“No conseguimos que nos vendan”, me dijo esta mañana una chica que nos hacía entregas. Parece que solo le entregan a los grandes, a los supermercados. “No podemos ir al mercado a buscar mercaderías, nos paran en las rutas, nos exigen papeles que no tenemos”.

Esa es la rueda que ahora no debiera parar. Si hacen desaparecer a los pequeños abastecedores quedaremos a merced de los grandes que, lo sabemos, son los artífices de la especulación. Los famosos formadores de precios. Los que se quedan con la tajada del león, Y también con el león.

Todas las crisis se parecen. En aquellos días sonaban disparos en las calles. La Triple A persiguiendo a militantes. Montoneros dispersos trataban de volver. Erpianos derrotados y asesinados por todas partes. La presidenta no existía, era una señora que daba consejos basados en lógicas hogareñas a desorientados sindicalistas. El golpe genocida se veía venir. Algunos hasta lo pensaban como un alivio institucional, ante la matanza sin control de la Triple A.

Pensaban que los militares actuarían con la Ley.

Una ingenuidad producto de la desesperanza.

Esta crisis tiene una diferencia que hay que reconocer: el País parece tener conducción. La oposición apoya. Las organizaciones sociales contienen. La gente responde. Hasta ahora. Sin embargo, la pobreza y las necesidades insatisfechas son un peligro tan o más grande que el mismísimo invisible Covid.

Comienzan a verse algunas fallas y no se sabe cómo remediarlas.

Tratemos que no se pare la rueda.

Depende del gobierno. Y también de cada uno de nosotros.

Tomando café

Yo vengo viviendo una cuarentena prolongada.

Desde que decidí mudarme aquí, al “bosque”, como lo llamo, sin ser realmente un bosque, mis visitas a la ciudad han sido casi inexistentes, muy espaciadas en el tiempo.

Solo necesidades mayores me obligaron algunas veces a superar la circunvalación de la ciudad y meterme en el laberinto infernal del tránsito ciudadano. Terrible, para uno que ya se ha acostumbrado a estas soledades, en la cual siempre aminoramos la marcha para dejar pasar a un transeúnte o simplemente para esquivar a un perro que decidió dormir en medio de la calle.

Pero aún las veces que he penetrado la ciudad, obligado por un trámite, he llegado solo al sitio preciso, bajando por el trayecto más directo desde la Circunvalación, y he huido una vez finalizada la obligación.

Hasta hace un par de años, cada dos o tres meses, me acercaba hasta el Mercado Norte para abastecerme de algunos insumos requeridos para la elaboración de mis famosos jamones, pero desde entonces ese tema fue muy bien resuelto por unos vecinos solidarios que me los traen desde el mercado de Río Cuarto, que es dónde viven.

Solo una ceremonia extraño de aquella vida ciudadana: ir a tomar un café.

Mi preferencia era aquel barcito ubicado en planta baja del Patio Olmos, en su entrada central. Un sitio tranquilo, pese al lugar y al tránsito que ocurre a su alrededor, de la gente que acude al shopping.

El barcito tenía aspecto de oasis.

Me sentaba allí, pedía un café en jarrito con dos medialunas saladas que eran, incluso, unas de las más parecidas a las que, con mucha maestría repostera, producen los porteños en la Capital. Allí las llaman “medialunas de grasa”, y creo que no se equivocan.

Disfrutaba entonces mi café observando a circunstanciales concurrentes al lugar, algunos conocidos de tiempos muy pasados, se acercaban a saludarme, y seguían luego su travesía apurada hacia algún comercio del lugar.

En mi regreso al estacionamiento, donde dejaba mi vehículo, recorría el pasillo central y pasaba por el local de Grimoldi, a ver si por casualidad tenían aquellas sandalias franciscanas, de buena calidad y precio alto pero justificado, que las caracterizaba, haciéndolas casi eternas.

Pero ya no las encontraba, las habían reemplazado en su oferta por otras que no eran lo mismo. Algo similar sucedía con el calzado cerrado, abotinado, especial para el invierno, que también fue reemplazado por versiones de menor calidad y resistencia. Solo los mocasines conservaban su originalidad.

Viendo esas ausencias me dije, la última vez que pasé por allí (hace cuatro años, más o menos): esto no va a durar mucho. Y creo que no me equivoqué, no sé si todavía existe esa marca histórica nacional, pero si así es, seguramente ya los productos no son lo mismo.

¿Qué hice entonces? Reparé artesanalmente los dos pares de viejas sandalias franciscanas que había comprado varios años atrás, las recuperé, y mantengo su uso. Lo mismo con aquellos zapatos cómodos y abrigados para el invierno. Ambos productos fueron fabricados con suelas de goma eternas, de modo que lo de arriba, puro cuero, admite muchas posibilidades para aumentarles su supervivencia. La vida del bosque lo permite, aunque su elegancia es dudosa, según mis hijas. Para el bosque están bien – dicen – pero no salgas a la ciudad con ellos; ponte los mocasines que están muy bien. Sí, porque no los uso – les respondo – para terminar con el tema.

Aquel café en el barcito fue y es irremplazable. Como los viejos amores, me digo, y acepto la realidad. Ahora solo es un buen recuerdo.

Un segundo lugar alternativo que me gustaba era el Bar Monserrat, un recuerdo de mis tiempos de estudiante. Allí, a media cuadra del Rectorado, nos reuníamos los militantes de entonces a rumiar revoluciones imprecisas.

Puede que ya no exista el barcito del Patio Olmos, creo haberlo visto cerrado la última vez que pasé por allí. De todos modos hoy estaría vacío. Y mañana también. También debe estar vacío y desierto el Monserrat.

Posiblemente cuando eventualmente puedan abrir ya no será lo mismo. Los clientes sentados algo separados, con incómodos barbijos, apartándolos para beber el café y disfrutar la medialuna, tratando de evitar los vapores expelidos por unos u otros. Feo el asunto, vueltos bares típicos de astronautas.

Ya nadie acercándose a la mesa a saludar.

La gente transitando rápido, para retornar lo antes posible a la seguridad del hogar, desinfectado y aislado.

No Charly, dice mi amigo joven. Ya verás que en pocos meses todo volverá a ser como antes. La ciencia acabará con este virus maldito y seremos nuevamente libres, podrás volver a disfrutar tu café en la ciudad.

¿Y tú crees que volverá a existir Grimoldi allí?

Seguramente sí. Todo volverá a ser como era.

Entonces hazme un favor, cuando pases por allí, fijate si tienen aquellas famosas sandalias franciscanas, como éstas, que tengo puestas.

Ok, creo que pasaré por allí dentro de un par de meses, cuando se calme todo esto.

El trauma del encierro y la soledad

Es lo que comienza a manifestarse como efecto de la cuarentena. Cada día que pasa la angustia crece, sobre todo frente a la incertidumbre sobre cuándo será el final.

El gobierno va fijando fechas no muy lejanas, con eso evita crear una angustia mayor, luego va desplazando ese límite temporal en función de la realidad sanitaria.

Para los aislados es un horizonte que permanentemente se aleja, sembrando impaciencias, tristezas y desasosiego.

El trauma del presidiario.

Quienes tuvimos que padecer cárcel por causas políticas en los años duros, vivimos esa experiencia, asumiendo el compromiso de salir psicológicamente indemnes de esa situación de la que tampoco sabíamos cuando acabaría.

Había que conservar la cordura y la lucidez.

Apelábamos a muchas cosas: la lectura; la conversación con los compañeros; la música; la visita frecuente de nuestros familiares; la correspondencia (en esos tiempos, solo postal, con varios días de demora); la alegría de recibir una encomienda con yerba y cigarrillos.

Mucho después del comienzo logramos tener un televisor.

Las radios eran difíciles de conservar, nos las robaban en las requisas.

Había que luchar en favor de la cordura. Combatir la angustia y la tristeza. Poco a poco se llegaba a la conclusión que la terapia más efectiva era trabajar con las manos. Cualquier objeto transformable en herramienta era un pequeño tesoro. Cualquier material tipo madera o plástico se convertía en materia prima invaluable. Paredes y pisos permitían convertirse en lija para alisar superficies. Una hojilla de afeitar era un cúter de lujo. El betún para calzado, un lustre bienpreciado. La aplicación de plástico con un cuchillo caliente en las hendiduras de un tallado en madera, permitía insertar flores o mariposas de colores. Un alambrito al rojo era el perforador de cuero que disponíamos. Y sobre todo, tiempo, mucho tiempo para cada acción.

Si, los típicos trabajos de presos.

Desde esos tiempos me hace bien trabajar con madera. Nunca renuncié a las habilidades adquiridas. Muchas de esas habilidades me fueron sumamente útiles cuando en años posteriores las utilicé en los desarrollos tecnológicos que me ocuparon – y me dieron muchas satisfacciones profesionales – en mi larga estadía en Venezuela. Cuando para construir grandes hornos para fundir aluminio tuvimos que fabricar complejas piezas refractarias. Era yo el que sabía hacer el modelo o el molde para obtenerlas. Con la paciencia adquirida en aquellos tiempos de encierro, fui enseñando y convirtiendo en operarios especialistas en colocación de refractarios a los que antes habían sido simples campesinos. También la capacidad de estudiar y aprender todo lo necesario, sin complejos ni limitaciones. Sobre mi formación profesional básica, dada por la universidad, sumé una enorme capacidad artesanal, adquirida en aquellos tiempos que no resultaron perdidos sino una enorme experiencia de madurez. Y de paciencia, en el lugar de la desesperanza.

Este estado de cuarentena se parece, obviamente, a la vida en la cárcel. Una celda más cómoda el propio hogar, y una soledad menor, compartida con la familia, la pareja, los hijos, los amigos. Y los nuevos medios de comunicación, que posibilitan la presencia virtual permanente.

Hacer cosas es una terapia más eficiente que tratar de llenar el tiempo con la televisión, el cine digital, o solo la lectura. Hacer cosas con las manos. Combinar la cabeza con las manos, con el movimiento. Y aprender lo que no sabemos. Cocinar. Tejer. Lavar. Pegar botones. Sin complejos.

Mi amigo Miguel (el Indio), allá, presos, no soportaba que se tirara la leche sobrante, se hizo experto en fabricar quesos. Que, por cierto, cada día le salían más ricos. Otros lograban transformarla en flan o budín de pan.

El día que nos tocaba encargarnos de la ranchada, era un placer hacer una buena comida para satisfacer a los compañeros. A mí me tocaba ese oficio, cada diez días, compartido con Juanca De Petre, un director de teatro santafecino, al que luego reencontré en Venezuela. Allá formó un buen grupo que llamó Altos de Santa Fe. Con Juanca teatralizábamos la tarea de cocinar y nos divertíamos como locos ante la mirada desconcertada del resto. No estábamos locos, no, solo humanizábamos el oficio de cocinar, armonizado con el arte de la actuación y la capacidad de hacer el guión en tiempo real. Posiblemente de esas experiencias se nutren muchas cosas que actualmente escribo.

Les deseo a todos una cuarentena no traumática, por el contrario, provechosa, dedicada a hacer aquellas cosas que los tiempos normales no permiten.

No se olviden de combinar a la cabeza con las manos, es importante hacerlo. Hoy es martes

El martes es un día que tiene dos ventajas: no es lunes, día de comenzar ciertas obligaciones, como hacer trámites y esas cosas. Tampoco es miércoles, día para comenzar a pensar en próximas obligaciones no resueltas. Como compras, por ejemplo.

En mi caso, las compras de los jueves.

El martes se parece a un día intermedio, de descanso.

Su nombre, relacionado con un dios guerrero es inapropiado.

Es la paz, lo que se firma los martes.

Recuerden cuantas cosas buenas les sucedieron en día martes.

Casi nadie se ha casado en día martes. Por ejemplo.

Gente mal intencionada quiso convencer que son mala suerte los días martes 13.

No es así, son en realidad los viernes que, cuando coinciden con el 13, se vuelven sospechosos.

Día en el cual suele ser peligroso tener un resbalón.

Los martes, en cambio, puedes estar tranquilo. Porque como no tienes necesidad imperiosa de salir (lo hiciste ayer) reduces la posibilidad del resbalón.

Los resbalones en la calle son molestos. No solo por el eventual golpe. También porque la gente se ríe. Sí, los porrazos ajenos suelen causar risa, una conducta desentrañable para psicólogos serios. (Alguien me dijo que sobre el origen de esa risa tuvo que ver Carlos Chaplín y las películas mudas de aquellos tiempos, que apelaban a resbalones y porrazos para producir la risa). Puede ser, ¿por qué no?

Hay otras teorías. Pero no vale la pena revisarlas.

Bueno, hoy es martes. Pueden quedarse tranquilos. Sentarse. Tomar algo que les guste. Y ponerse a leer las cosas que publicamos en estos muros nuestros, destinadas a promover el equilibrio y la sonrisa.

Los queremos sentir alegres y optimistas.

Los queremos sentir alegres.

Los queremos sentir.

Los queremos.

Los martes, y también el resto de los días.

La epidemiología

Esta palabra ocupa muchos titulares del presente. Vale la pena hablar un poco sobre ella.

En el año 2004 fui propuesto por el Consejo Federal de Ciencia y Tecnología (COFECYT) para integrar el Directorio del Conicet. Me desempeñé allí durante cuatro años. Una fuerte experiencia que me aportó muchos puntos de vista nuevos para tratar de comprender y explicar el funcionamiento de la ciencia en la Argentina.

Yo presidía por entonces, el organismo científico de la Provincia de Córdoba, que había adoptado en ese tiempo la forma de una Agencia, con alto grado de autonomía.

Recuerdo que en una reunión del Directorio del Conicet tratamos el tema de un investigador epidemiólogo que integraba un grupo de la Facultad de Medicina de la UNC. Había terminado su beca y le faltaban ocho meses (aproximadamente) para poder concursar su ingreso a la carrera del investigador.

Fue a verme el director de ese grupo para pedirme que intercediera ante el Directorio para conseguir una prolongación de la beca del joven investigador, que quedaba prácticamente fuera del sistema.

La discusión en el Directorio puso en superficie un tema oscuro del máximo organismo nacional: la Comisión Evaluadora del área de la salud, no reconocía méritos científicos a las especialidades epidemiológicas.

Para comprender esa posición es necesario recordar que el Conicet nació bajo el liderazgo del Dr. Houssey, Premio Nóbel en medicina, y el pensamiento doctrinario de su área científica representaba desde entonces el 70% del poder de decisión dentro del organismo.

En el Directorio que yo integraba ya crecía una idea renovadora al respecto, pero caminaba con pie de plomo.

Es que los científicos herederos de Houssay – explicaba el Dr. Charreaux, entonces Presidente del organismo - todavía piensan que para investigar en salud “hay que utilizar el microscopio”, no la matemática o la estadística. Los epidemiólogos se dedican a perseguir estadísticamente a los vectores que trasladan los contagios y a buscar barreras, no van al meollo del problema, acabar con el virus o la bacteria, mediante medicamentos o vacunas.

Fue aquella una discusión muy esclarecedora, para mí, que era un tanto ajeno a esas especialidades.

La situación del joven investigador la resolvimos en nuestra Agencia provincial, concediéndole al grupo de epidemiología de la UNC un subsidio especial para cubrir la extensión del pago de la beca hasta el concurso.

Mi posición científica ante el tema fue que la matemática y la estadística podían reemplazar al microscopio. Era simplemente otra forma de estudiar y resolver problemas en el campo de la salud social.

El caso más emblemático de aquel tiempo era la lucha contra el mal de chagas, que prácticamente había quedado en soluciones epidemiológicas, combatiendo a las vinchucas y a las viviendas rancho, con techo de paja, donde anida el insecto.

El microscopio no lograba encontrar una solución tipo vacuna o medicamento.

Por ese entonces comenzaron a surgir las “nuevas gripes”, desconocidas, producidas aparentemente por virus mutantes, difíciles de combatir con vacunas estáticas.

Comenzó a ganar terreno la epidemiología. Representada por el combate a los vectores portadores del contagio. Acabar con las ratas, los mosquitos, las vinchucas, estudiar las respectivas evoluciones y su incidencia social, estudios de seguimiento, contagios, etc.

Luego vino el HIV a cambiar el tablero epidemiológico. Allí los vectores eran humanos. El problema pasó a ser el sexo, y el arma, el aislamiento a través de los preservativos. Se discutió mucho sobre si la saliva podía producir el contagio. Una verdadera psicosis recorrió a las nuevas generaciones que habían logrado derrotar los prejuicios sexuales. La culpa – según los microscopios – la tenían unos monos del África, que habían iniciado la pandemia. Los monos africanos fueron entonces los supuestos responsables, como ahora parecen ser los murciélagos.

Luego comenzaron otras gripes y enfermedades difíciles de descifrar con los modernos equipos de detección de las ciencias duras, que tampoco lograban resolver la causa dominante de los nuevos tiempos: el cáncer.

En nuevo siglo se inició con la aparición de aquellas gripes originadas en aves o en animalejos indeterminados, para las cuales comenzaron a desarrollarse enormes baterías de vacunas anuales, creando un gigantesco negocio para los grandes laboratorios internacionales, que comenzaron a proveer vacunas y medicamentos a los servicios de salud de todo el planeta. Vacunas que debían modificarse todos los años.

Los grandes negocios siempre producen sospechas, fundadas o no. Esas sospechas generaron el espacio de los “antivacunas”. Todo un tema muy confuso.

Hoy, nuevamente, un virus, el Covid, viene derrotando al microscopio y poniendo a los epidemiólogos al frente de la lucha.

Como en el HIV tampoco hay vectores.

En nuestras latitudes veníamos ya enfrentando otra guerra con armas epidemiológicas: el dengue, el zica y la chikungunya, trasladadas por el *Aede aegypti*, un mosquito veraniego peligroso. Matar o evitar al mosquito, única vacuna.

Además reaparecieron viejas y olvidadas enfermedades, como el sarampión, la tuberculosis, el paludismo y otras que se creía derrotadas.

Frente al Covid, sin vacunas ni medicamentos validados, nos defendemos con aislamiento y barbijos, armas puramente epidemiológicas. Ahora, los “vectores” son las gotículas de saliva expelidas por la tos y los estornudos.

Mientras tanto, el microscopio no logra discernir el origen del virus, si se trata de murciélagos o del famoso pangolín, que tiene aspecto simpático y de inocente.

No salimos todavía del Covid y ya los chinos nos anuncian otro virus en los cerdos.

Estamos jodidos, dice la gente.

Parece mentira que, pese al descomunal desarrollo del equipamiento científico (la evolución del microscopio), tengamos que apelar a las “casi primitivas” soluciones epidemiológicas, armas que tienen el aspecto de la Edad Media. Aislamiento, murallas, barbijos, barrios cercados, estadísticas.

Pasaron ya quince años de aquellas discusiones en el Conicet.

Cosas de la ciencia, para la reflexión.

Hasta la próxima.

La Patria recordada

Esta historia es un recuerdo dedicado al pueblo donde crecí: Capilla del Monte, y la temática nos permite transitar hacia la Patria recordada.

A mediados de los años cincuenta, Capilla no tenía colegio secundario. Quienes querían continuar estudios después de la primaria, debían concurrir al Comercial de La Cumbre, viajando todos los días (como lo hacía mi hermana, junto a Romilio Rivero y otros jóvenes capillenses); y si las familias disponían de recursos podían mandar a sus hijos pupilos a escuelas privadas ubicadas en otras localidades, como la que disponían las monjas en Villa Giardino, o los grandes colegios de Córdoba, entre los cuales se pueden recordar el Lasalle; el Liceo Militar General Paz; el colegio Monserrat, de la UNC, entre otros.

En esos años, las fuerzas vivas del pueblo decidieron crear un liceo secundario. Y lo lograron, uniendo esfuerzos de todo tipo: un espacio físico y viejo edificio que pertenecía al Tiro Federal, frente a la plaza; participación voluntaria de maestros y maestras de las escuelas primarias que se animaron a ser profesores; profesionales del pueblo: médicos; farmacéuticos; bioquímicos; intelectuales independientes; e idóneos que se sumaron.

Se organizó la cooperadora, integrada por los padres de los alumnos, que hacían un aporte para atender gastos no salariales.

No quiero mencionar nombres, de los muchos que vienen a mi memoria, para no cometer la injusticia de algún involuntario olvido.

Así arrancó el colegio. Simultáneamente se solicitó el reconocimiento del Ministerio de Educación de la Nación.

Pero no se esperó la llegada de fondos para que existiera el colegio. El colegio existía y funcionaba porque la gente se lo había propuesto y unos cuantos voluntarios le entregaron su tiempo, dedicación y empuje.

Varios años después, una vez alcanzado el reconocimiento como Colegio Nacional, quienes éramos sus alumnos quisimos tener una cancha de basket.

No se la pedimos al gobierno.

Los hermanos Cabrera, eximios jugadores de ese deporte, que practicábamos en el club, eran albañiles de oficio. Ofrecieron sus servicios gratuitos. Algún arquitecto debió hacer el proyecto. Los alumnos, martillo en mano, en las horas libres picábamos escombros que conseguimos en las obras del pueblo, para hacer el contra piso; las columnas de cemento para sostener los tableros se moldearon en concreto, enormes, pesadísimas, para que el tablero no vibre, dijeron los Cabrera; las baldosas fueron en parte donadas por los

comercios del pueblo y en parte (supongo) compradas por la cooperadora. Los hermanos Cabrera fueron los que las colocaron, con maestría y prolijidad.

Así tuvimos nuestra cancha que, a la vez, se convirtió en el patio donde formábamos para izar la bandera y lugar propicio para múltiples actividades.

No esperamos un subsidio, la hicimos.

Posiblemente con el mismo esfuerzo y participación social logramos armar los laboratorios de química y de física para que nos persiguiera Lalo, con sus fórmulas inolvidables. Y la biblioteca. Y el taller de manualidades.

Alguien debió donar un piano, en el cual la Sra. de Jaime armonizaba los actos y trataba que aprendiéramos música y coro.

Creamos el Club Colegial. Organizábamos bailes, fiestas y kermeses para reunir fondos para muchas actividades.

No esperábamos el subsidio. Lo hacíamos.

El cine Enrique Muíño, por entonces de la familia Ghigi, nos prestaba, sin costo, el salón para realizar los actos del Colegio. Las confiterías y el club del pueblo apoyaban nuestras fiestas y reuniones. El comercio hacía sus aportes cada vez que salíamos a recolectar fondos para lograr algún objetivo. Con su publicidad hacíamos, por ejemplo, los afiches para las fiestas.

Muchas otras realizaciones se hicieron utilizando ese simple mecanismo de decisión y participación popular: El Ciclo Moto Club; el Teatro Vocacional dirigido por Pichín Carducci; la Revista Triángulo; las primeras carreras de bicicletas y motos primero, y de automóviles después, en el circuito San Marcos Sierras.

Hasta la mismísima calle techada nació de un proceso similar, para realizar un concurso fotográfico: Fotocita.

Esta breve historia que debiera ser más extensa, tiene una moraleja: los pueblos no necesitan pedir permiso o esperar ayuda, para construir la Patria.

Buenos recuerdos

Estas historias ocurrieron desde los finales del año 1973 hasta comienzos del 76, previo al golpe militar.

Natalia aún no había nacido. Nuestra corta familia éramos Susana, Florencia, La Maga y yo. Nuestro único vehículo, una moto Zanella 175, de dos tiempos, cuya palanca de arranque era violenta, se ensañaba con mi talón y con mis pantalones, que solía cortarlos hasta la rodilla.

Veníamos algo golpeados, años de cárcel, luchas perdidas, frustración política. Necesitábamos vivir, recuperar cosas perdidas u olvidadas,

Nuestro proyecto posible fue comprar una carpa primero, y algunos complementos necesarios después. Estaba decidido, haríamos camping.

Se nos sumaron algunos queridos amigos, los Daroqui y los Barrionuevo.

Como en la moto no podíamos trasladar todo, me prestaban un auto para llevar el equipo y a la Maga, que se quedaba, muy obediente, a cuidar todo. Por supuesto, nos instalábamos en un lugar seguro: el Camping El Caracol, sobre el Río Anisacate. El camping pertenecía entonces a Hugo y su familia, su esposa, dos hijas mujeres, jovencitas, y un niño, Huguito. El Caracol se fue volviendo como un segundo hogar, el de verano, instalábamos nuestro equipo en diciembre, y lo dejábamos hasta marzo. En la moto, viajábamos Susana, Florencia y yo, para hacer compras, pasear por la región y de tanto en tanto volver un par de días a Córdoba cuando el tiempo se ponía feo. La Maga se quedaba pacientemente, esperando nuestro regreso. Nunca faltaba quien la cuidaba y le diera agua y comida.

Siempre instalábamos nuestro “campamento” debajo del mismo árbol. En él vivía un chingolito rengo que se fue haciendo amigo, hasta bajar a comer las miguitas en nuestra mesa. Todos los años volvíamos al mismo árbol y allí estaba, el chingolito rengo.

La nobleza climática de aquellos veranos permitía una vida tranquila en las serranías cordobesas; las tormentas siempre venían del sur, anunciadas por blanca y elevadas nubes que se veían aparecer por encima de las lomadas. Siempre nos daban tiempo de reparar la zanja alrededor de la carpa y prepararnos para el aguacero. Luego había que esperar diez horas para confirmar la altura de la creciente, precedida por el clásico enturbamiento del agua y ramitas flotantes, un minuto después venía la pared de agua, arrastrando todo lo que su caudal le permitía.

Un par de días después el río se ponía mejor que nunca, con un caudal y corriente respetable, pero cristalino y limpio. En esas correntadas aprendió a nadar Florencia. Susana la soltaba unos diez metros aguas arriba, y yo la atajaba. Poco a poco su cara fue perdiendo el miedo y supo disfrutar de esos interminables juegos.

Allí también aprendió a pescar mojarritas, limpiarlas y fritarlas pasadas por harina.

Y allí supo interpretar el significado del rito del fuego, con humito con olor serrano.

Todas las tardes buscábamos las ramas caídas para hacer el fueguito alrededor del cual inventábamos historias para propiciar los buenos sueños.

El país ya se comenzaba a sumergir en esa nube oscura que años después cubrió todo.

Pero nosotros necesitábamos y podíamos disfrutar de esa vida simple, con escasos recursos, sin casa propia. Solo esa confortable carpa y esa moto amarilla que nos llevaba a los tres.

Una tarde que había empeorado el clima, pasada una fuerte lluvia, decidimos volver a Córdoba a pasar la noche y reabastecernos. Tomamos la Ruta 5 y pasando Alta Gracia comenzó a oscurecerse el cielo. Un minuto después el chaparrón. Florencia, que por entonces tenía cinco años, iba sentada en medio de nosotros, protegida por nuestros cuerpos. Desde la ventanilla de un auto que nos pasó una señora nos hizo señas y nos detuvimos. Luego de reprocharnos por nuestra irresponsabilidad se ofreció a llevar a Florencia en el auto, nos esperarían a la entrada a Córdoba. Tiempos de confianza social, allá se fue Florencia, con un matrimonio desconocido.

Un par de kilómetros adelante nos encontramos frente a un enorme charco que cubría toda la ruta, por unos doscientos metros. Avanzábamos lentamente con la moto por el agua cuando vimos venir un gran ómnibus de frente. Seguramente frenará, pensé. No frenó, paso

por nuestro costado y nos cubrió una tremenda ola de agua barrosa. Quedamos hechos sopa y pensando en la suerte de que Florencia no estuviera.

En la entrada a Córdoba, nos esperaban los del auto junto con Florencia. Agradecemos el gesto solidario, subimos a nuestra hija a la moto, y nos fuimos a casa. Al día siguiente ya estábamos de regreso en la carpa.

Fiesta Patria

En aquellos tiempos de la primaria nos levantábamos tempranito, no importaba el frío.

Lávate bien la cara, cepilla tus dientes, yo te peino, decía nuestra madre.

Bien abrigado abajo, arriba, el guardapolvo blanco, almidonado y bien planchado, con la infaltable escarapela cerca del corazón.

Un buen desayuno, para que la energía dure hasta pasado el mediodía – nos decían – y nos obligaban a terminar la enorme taza de café con leche (mucho leche y poco café) y las tostadas con manteca y miel, o kero. (¿Recuerdan el Kero?).

A las nueve en punto debíamos formar fila en la escuela para izar la bandera, cantando Aurora.

Luego, los abanderados traían la bandera móvil, que él o la abanderada principal, calzaban su mástil de madera en un sostén de la cintura, y salíamos en prolija fila, marcando el paso, bajo los acordes de la Marcha de San Lorenzo, rumbo a la Plaza San Martín donde sucedía el acto.

Luego del Himno venían los discursos, los poemas y composiciones que leían emocionadas maestras y mejores alumnos. También hablaban los Directores de las Escuelas o el Intendente, alguna bendición del cura párroco, y arrancábamos el desfile, cantando marchas diversas, con el pueblo en las veredas, aplaudiendo nuestro paso.

Varias cuadras hasta la Iglesia, en la cual se realizaba el Tedeum, con toda la solemnidad que imponía la fecha.

Así se iba dibujando en nuestra mente y alma el concepto y sentimiento de la Patria.

Firmes, formados, bajo el frío de aquellas mañanas de mayo, antes del cambio climático, en las serranías cordobesas.

Generalmente en algún momento del acto en la plaza nos daban una taza de chocolate con leche. Lo brindaba la Cooperadora, integrada por nuestros padres y alguna autoridad de la escuela. A veces la plata era escasa y el chocolate se reemplazaba por la cascarilla del cacao, que tenía sabor algo diluido. Un infaltable criollito acompañaba ese importante aporte energético que trataba de evitar los infaltables desmayos de alguno de los abanderados, que nunca se sabía si sucedían por decaimiento físico o por la emoción del asunto.

Terminado el Tedeum no era cuestión de dispersarse, había que volver marchando hasta la escuela, a llevar la bandera.

Recién entonces, bien pasado el mediodía, terminaba el acto patrio y regresábamos a nuestra casa, donde nos esperaban para almorzar alguna de las comidas características de las fechas patrias. Locro, empanadas, humita, y un infaltable flan con dulce de leche.

Como a las tres de la tarde continuaban los festejos en la plaza, con carreras de bicicletas; y competencias sociales como carreras de embolsados o aquellas en pareja con un pie de cada uno atado; alguna vez se hacían piñatas, que nos obligaban a revolcarnos por el piso, en busca de golosinas o juguetes.

Al atardecer se sumaban danzas folklóricas en algún local adecuado o en el cine. Zambas, malambo, el escondido, la jota cordobesa, y el cierre infaltable con el pericón nacional. Con el tiempo las carreras de bicicletas fueron reemplazadas por las de motos, y luego por las de autos. Todas en esas calles de tierra del viejo pueblo.

En las afueras, a la siesta, la gente que amaba lo campestre disfrutaba y apostaba en las clásicas carreras cuadreras, donde se lucían animales y jinetes en medio de una gritería clamorosa.

En alguna oportunidad, en algún campo cercano, disfrutábamos de aquellos asados con cuero, una variante, en realidad: dentro de un bolsón de cuero se cocinaba en el horno de leña un surtido de cortes de carnes, que salían tiernas y aromatizadas con hierbas y adobadas con un poco de ají. Excelente.

Así recuerda mi memoria aquellas fiestas patrias de la infancia.

El frío y los asados

Esta mañana, en medio del frío intenso imperante en Paravachasca, con cielo nublado, y, por suerte, sin brisa, mis perros me miraron incrédulos cuando salí a la galería y comencé a organizar un fuego para parrilla.

- Te has vuelto loco, Charly, preguntó la Kupita...hace un frío tremendo.
- (Cállate, tonta – oí que le soplaba el Cimarrón).
- No chicos, no estoy loco, esto tiene varias historias, les contaré algunas.

Cuando tenía alrededor de seis años, a mi padre se le ocurrió ofrecerles a los turistas que estaban en casa, hacer un viaje al Dique San Roque, y comer un asado. El día estaba bastante fresco, debió ser uno de esos días de abril que el viento sur viste prematuramente de invierno. Y allá fuimos. Ese día, en las orillas del San Roque conocí el garrotillo, o agua nieve, que le dicen. Mi padre, preocupado ya por su decisión tuvo la suerte de encontrar un socavón en la montaña que nos protegía del viento helado y, en parte, de la llovizna persistente. Hizo el fuego nomás, y comimos el asado. Me quedó grabado en la memoria como uno de los asados más ricos de la infancia.

Algunos años después, entrando en la adolescencia, íbamos de pesca al Dique Los Alazanes, en pleno invierno. A tal punto el frío que en “los pasa hilos” de las cañas de pescar se formaba escarcha. Al costado de la casa del cuidador, Don Luna, hacíamos el fuego, rodeados de esos perros respetuosos de las serranías. Otro recuerdo imborrable de asados en el frío descomunal, con las manos duras, calentándolas en el fueguito.

Siguieron pasando los años. Cuando andaba por los veinte se hizo moda en Capilla terminar la noche de tragos con un asado en el Río Calabalumba, a eso de las cuatro o cinco de la madrugada. Un carnicero solidario y paciente se levantaba respondiendo a nuestro llamado y nos vendía la carne y los chorizos, que muchas veces le pagábamos después (¡Que tiempos!).

No importa en qué temporada estábamos, a esa hora, en las sierras cordobesas, el frescor se hace sentir. Terminábamos al amanecer, cantando zambas. Superada la borrasca, y muertos de sueño, volvíamos a nuestras casas en las cuales nuestros padres estaban tranquilos. Nunca sucedía nada malo.

Siguieron pasando años. Ya estaba recién egresado cuando junto con mi amigo, el Corcho Daroqui, nos dedicábamos a una especialidad de la física que se llamaba fricción interna. Habíamos construido con la habilidad artesanal del Corcho y la eficiencia del taller del Imaf, a cargo de Don Pedro Vicente, un complejo péndulo que nos permitía medir la disipación de la energía, en una barrita de metal, a causa de la fricción interna, cuando era torsionada con cierta frecuencia permanente.

El especialista nacional en el tema, de apellido Pascual, trabajaba en el Centro Atómico Bariloche. Nos ganamos un viaje a su laboratorio y allí permanecemos alrededor de una semana. Una noche de invierno en Bariloche, que siempre es una conjunción de frío y lluvia o nieve, hicieron un asado. Lo hicieron adentro de un galpón de chapa que tenía el Instituto Balseiro.

La noche era bien fría pero adentro del galpón, con el fuego, se atemperaba. Sobre la parrilla, además de la carne y las achuras había una misteriosa olla.

Es que aquí hacemos un “chimichurri caliente”, nos explicaron. Contenía ajíes, pimientos, y algunas cosas más, lo servían con un cucharón junto con el asado. Estupendo, sumado al vino, un abrigo interior.

Y cómo no contarles los asados que hacíamos con el Viejo Gessio, arriba del bote, en pleno concurso de pesca en Los Molinos..

- ¿Arriba del bote?
- Sí, encendíamos unos carbones en un brasero y poníamos arriba la parrillita...al rato se formaba una nube de aroma sobre el lago...el resto de los pescadores, en sus botes, nos puteaban... Gessio se reía...
- ¿No era peligroso, Charly?
- No, había bastante agua allí...

- Hubo muchos otros asados en tiempos fríos almacenados en mi memoria en diferentes lugares y momentos. Me gusta comer asado cuando el frío te golpea desde afuera.
- Cuenta, Charly, cuando hiciste esa foca asada sobre el hielo, en Alaska – dijo la Kupita.
- No, Kupita, eso no es una historia, es un cuento.

- Pero tú nos hiciste creer que fue cierto...
- Eso es parte del objetivo de los cuentos...

De asados con frío y zorras preñadas, en plena Patagonia

Por Fernando "Corcho" Daroqui

Es cierto, los recuerdos son imborrables. Un invierno, hace muchos años, en julio nos fuimos navegando hasta Camarones, dos barcos y cinco tripulantes en total.

El puertito de Camarones es muy reparado pero hay poco que hacer, solo reabastecerse y en esa época llamar desde una cabina telefónica a la familia.

Cumplidos estos requisitos partimos a Caleta Sara lugar mucho más agreste, pero mejor refugio para los barcos. En tierra hay unas instalaciones de un club de Comodoro que en verano funciona una cantina, pero en julio, solo teníamos a total disposición, la "matera" y el fogón de campo.

El establecimiento en cuestión tiene una generosa superficie de unos 18 m² (3x6) pero consta de tres paredes y un techo. Es algo parecido a las garitas para esperar el transporte público, pero más grande. La mayoría son de chapa acanalada, todas tienen una mesa de campo, no hay sillas y en un rincón unas piedras indican el sitio del asador, no hay parrilla. El lado de ingreso o la pared faltante, está orientada al este o noreste, para proteger de los vientos dominantes que soplan del sector opuesto.

Esa noche fue una de las normales del invierno, el viento del Oeste sopló hasta el atardecer y luego hubo calma con mucho frío. Bajamos con todo lo necesario para comenzar el asado, nos cruzamos con una manada de guanacos, 20 o 30 animales que se corrieron de nuestro paso con cierto desgano. Uno de nosotros los siguió con la linterna, curioseando qué rumbo tomaban. En un momento, la linterna encontró dos ojitos brillantes que no eran de guanaco (?). Cuando nos estábamos acomodando, se arrimó un puestero de una estancia vecina que había visto los barcos y luego las luces. Charlamos un rato, le ofrecimos una copa y entre palabra y palabra preguntamos por pumas, recordando los ojos encontrados por la linterna. Nos dijo, es un zorro colorado, una hembra que está preñada.

Lo invitamos a quedarse, pero agradeció y se volvió caminando, llevando a su caballo de la rienda.

Otra característica de las materas es que no tienen chimenea.

El inicio del fuego con combustible local, llámese jarilla, lo torna en un lugar inhabitable por el humo. La primera media hora, con la mayor humareda, se trataba de permanecer bajo techo, mirando con ojos vidriosos a los que estaban afuera, que solo esperaban recuperar sus pulmones para arrimarse al fuego, porque al aire libre con cero grados o menos, no lo hacía un lugar confortable.

El de la linterna siguió buscando y encontró nuevamente el par de ojos. Difícil apreciar a qué distancia, pero intentamos atraerla, ya suponíamos que era la que el paisano describió, con un pedazo de pan que arrojamos lo más lejos que pudimos.

La linterna encontró el pan y la vimos. Lo tomó y desapareció, pensamos que no volvería, pero insistimos con otro pan y fueron varios hasta tomarlo desde muy corta distancia, nunca

de la mano, pero hasta un metro se acercaba, lo tomaba y comía unos tres o cuatro metros más atrás.

Todo este proceso llevó casi una hora, y como nos entusiasmos con los progresos y algunas copas de vino, el frío pasó a segundo lugar .

Segundo lugar o menos, porque sobrevino "la calentura" cuando el asador distraído también con la zorra, grito: "la costeleta" y salió a tratar de rescatarla pateando a un peludo que la robó de la parrilla. Ganó el peludo.

Alguien dijo, bueno, finalmente invitamos a un lugareño.

Aquel día

Aquel 11 de septiembre del 2001 yo tenía a mi cargo a la Agencia Córdoba Ciencia y debía concurrir en Buenos Aires a una reunión con directivos del BID por algún asunto de financiamiento de programas regionales. La Agencia dependía entonces de la Secretaria General del Gobierno, Olga Riutort.

Tenía vuelo de Lapa reservado para las 10.30, la reunión con el BID sería al mediodía.

Alrededor de la 9.00 am llegaron las primeras noticias: un avión de pasajeros se había estrellado en una de las torres gemelas de Nueva York.

Las imágenes de la televisión eran tremendas. Estábamos todos mirando como ardía la torre cuando vimos un nuevo avión enfilarse y estrellarse en la segunda, atravesándola prácticamente, y produciendo una gran explosión y su posterior derrumbe.

No podíamos creer lo que estábamos viendo y escuchando. Otros aviones hacían blanco en el pentágono, en Washington y otros amenazaban diferentes blancos.

Se trataba de un atentado masivo de terroristas islámicos.

Obviamente pensé de inmediato en suspender mi viaje. Pero Olga fue tajante: eso sucede en los EE.UU., tú vas a Baires y te reúnes con el BID. Necesitamos ese apoyo.

A las 10.30 tomé el vuelo de Lapa, que, por supuesto, no llevaba muchos pasajeros. Los sensatos decidieron no viajar ese día.

Adentro del avión todos íbamos preocupados y asustados, nos mirábamos los rostros tratando de descubrir algún rasgo sospechoso. Viajaba justamente, un sacerdote musulmán. "Soy un inconsciente" – me decía, "y Olga Riutort una irresponsable", pero allí estaba, sentado, mirando por la ventanilla por las dudas se viera la presencia de algún otro avión sospechoso.

A medida que nos acercábamos a Buenos Aires la preocupación y el temor crecían...¿No será que nos estrellarán en el Obelisco? Nos preguntábamos en silencio.

El avión comenzó a descender, como siempre, pegado al río. Todo parecía normal. La cancha de River a un costado, la Facultad de Ingeniería del otro lado. Los embarcaderos con sus yatecitos blancos. Por fin el Aeroparque. Y un aterrizaje tranquilo.

El aeropuerto era un pandemónium y la ciudad otro, mayor.

Fui a confirmar mi vuelo de retorno a las 18.00, imposible, todos los vuelos estaban condicionales. Venga en su horario y allí sabrá si su avión sale.

Bueno – pensé – al menos tendré tiempo de tomar un ómnibus, si el vuelo se cancela.

En el taxi hacia el centro fui completando las noticias que llegaban de manera ininterrumpida desde los EE.UU., tremendas, la cantidad estimada de muertos no terminaba nunca de dejar de crecer. Comenzaban a identificar a las víctimas que iban de pasajeros en los aviones estrellados.

El taxi tomó por la Costanera y me dijo: debemos evitar la zona de las embajadas, está todo cortado, acordonado por la policía.

¿BID? ¿Reunión? Todo, absolutamente todo, había dejado de suceder. Ni siquiera pude encontrar a quienes concurrirían a la reunión. Los sensatos de otras provincias habían suspendido sus viajes.

Me sentí totalmente estúpido y putié, para mis adentros, y por décima vez, a Olga y sus caprichos.

La llamé por teléfono tan solo para molestarla. Creo que lo logré.

Al mediodía me metí en un pequeño restaurante a comer algo, frente a un enorme televisor que quitaba el apetito.

Pasado el almuerzo, y viendo a la ciudad desierta, tomé un taxi y me fui al aeropuerto, a tratar de saber qué sucedía. Allí me quedé, frente a un televisor, hasta las 6.00 pm hora en que tomé mi vuelo normalmente y regresé, con un temor similar al de la ida, a mi Córdoba.

Cuando llegué a casa, recibí la lógica pregunta: ¿Cómo se te ocurrió viajar, justamente hoy? No respondí nada. No tenía ninguna respuesta lógica.

Así me tocó vivir el día del atentado a las Torres Gemelas de Nueva York.

Niñez sin tecnología

Así fue nuestra niñez, sin tecnología. A pura imaginación y artesanía.

El caballito de madera era algo parecido a una cabeza equina y un palo de escoba. Con él perseguíamos a los bandoleros, con el revólver de plástico, y la mejor de las veces, con uno de lata con cebitas. En aquellos tiempos las cebitas venían en tiras de papel, rollitos, y fallaba una de cada cinco. Ahí nos ganaba el bandido.

Si jugábamos a indios, los arcos y las flechas las hacíamos nosotros. Un palo o tabla flexible y un cordel o tanza. Flechas sin punta para no lastimar a los amigos. La honda o gomera era con una horqueta de tala con una tiras de goma de cámara de auto, y un cuerito que le pedíamos al zapatero.

Los soldaditos eran de plomo. La segunda guerra dejó un aporte inesperado, los “dinky toys”, réplicas inalcanzables – para nosotros - de los vehículos militares. Eran increíbles.

El aeromodelismo primitivo fue con aviones de madera balsa que teníamos que armar con “pega todo”. Algunos tenían una hélice que se accionaba con una gomita enrollada. Pero la mayoría eran simplemente planeadores... ¡Y volaban!

El turismo carretera generó las réplicas plásticas de las coupecitas de los Galvez, de Marimón; de Descotte, de Musso y de tantos otros que admirábamos. Creo que fueron mis juguetes preferidos. Porque venían estándar y había que aggiornarlos en forma y color. Cortarle los guardabarros. Pintarlos. Ponerle el número (el mío era azul, con el 5 de Descotte). Agregarle peso con masilla. Reemplazar las ruedas por tapitas de penicilina. Diseñarle amortiguadores para que pudieran saltar los lomos de burros.

Pasábamos horas tirados en la tierra construyendo pistas. El Quico Sainz consiguió que su padastro le trajera una camionada de tierra para que hiciéramos una montaña. Allí inventábamos pistas. Moldeábamos puentes con yeso o los simulábamos con tablitas.

Para que nuestras coupecitas no se volvieran hacia atrás en las trepadas, inventamos un alambrito que impedía su retorno. A cada uno nos tocaba tirar hasta tres veces nuestro vehículo, solo valía la última tirada. En ese lugar quedaba en la pista, a veces entorpeciendo al que venía atrás. Como en la realidad.

El Mecano nos enseñó a utilizar herramientas y a inventar.

Coleccionar estampillas fue nuestra mejor clase de geografía universal. Tener una estampilla de Mozambique, de Guatemala, o de Venezuela, era un triunfo. Intercambiábamos estampillas. Las mandábamos comprar en la ciudad por el “comisionista”, al que hicimos experto en filatelia.

La única computadora que teníamos era “el cerebro mágico”; un tablero a pilas que te permitía elegir una respuesta entre varias, a la pregunta que te hacía una tarjetita. Con un puntero hacías contacto en un número, si acertabas, se encendía una lucecita.

Los juegos de mesa para los días muy fríos o de lluvia: el Estanciero; Metrópolis; la Batalla Naval; el inolvidable Ludo; más adelante el ajedrez.

Y las figuritas, Ni hablar. Representaban a los ídolos del fútbol. Si completabas un álbum ganabas una pelota N° 5. Se compraban en sobrecitos que no indicaban a quienes traían. Se intercambiaban. Se apostaban en el juego de la “tapadita”. Llenos de figuritas los bolsillos de los guardapolvos blancos que llevábamos a la escuela. Los recreos eran torneos tremendos.

También estaban “los tiempos”: el tiempo del trompo, hacía famosas las “chischicas”, unos trompitos de madera dura que nos hacían los artesanos carpinteros en sus tornos, que resistían el violento juego de acertarle con el propio al adversario que giraba en el piso. El tiempo del balero, todo un deporte competitivo. El tiempo del barrilete cuando llegaban los vientos de la primavera. A buscar caña seca para cortar las tiritas delgadas y livianas para hacer el formato de cometa o de estrella. A pedir trapo para hacer la cola regulable con sus nudos. A comprar “piolín” resistente y el famoso papel de barrilete, de colores. A hacer engrudo para pegarlo.

El juego nos convertía en artesanos.

Sabíamos jugar solos. Cuando no venían amigos, practicábamos con el balero o la payana para prepararnos para competir. O poníamos a punto nuestros autitos de competición. No existían los autitos eléctricos, y los trenes, muy deseados, eran inalcanzables para nuestros bolsillos.

En la escuela hacíamos calados en madera terciada con la sierra de calar, un arco manual, nada que ver con éstas eléctricas que se disponen hoy.

Los primeros patines (nada de rollers). De ruedas de acero, luego de fibra o aluminio, para no rayar los pisos. Con sus agarraderas ajustables a la suela de los zapatos.

Las bicicletas eran un tesoro que costaba alcanzar. En casa había solo una. De mi hermana mayor. Yo la usaba pero no llegaba al asiento, de modo que era cuestión de ir parado sobre los pedales.

La tecnología comenzó a llegar: bicicletas a motor, recuerdo tres, la del flaco Marengo, la de Diego Sez con la cual iba a poner inyecciones a domicilio, y la del inefable loco Luján, que se trasladaba en ella con la escalera de electricista al hombro.

Siguieron las motos, sobre las que ya contamos historias hermosas de viajes por las montañas hasta Deán Funes, por Ischilin, con el Hugo Seía, el Lito Tauil, los Bandini; el Gardy; y una nutrida lista que fue aumentando con los años. A las Pumas y Gileritas, se sumaron las Rummy y las Siambretas; las Vespa eran poco estables en la arena; a las Paperino les faltaba potencia; las Alpino eran veloces; pero entonces, ya no éramos niños, estábamos en plena adolescencia.

No hablé de niñas y muñecas. No éramos igualitarios por entonces. Pero ellas tenían su mundo, sin barbies esbeltas ni Kenes musculosos. Eran rostros y cuerpos tradicionales. Algunas muy bellas, con pelo natural. Los muñecos bebé, de tamaño natural, venían con chupete y mamadera. Los buenos amigos, en los ratos libres, les ayudábamos a construir mueblecitos de madera.

Las chicas aprendían a manejar la máquina de coser para hacerle ropitas a sus muñecas. No existían las Anabelles en esos tiempos.

Pero eran dos mundos poco conciliables: el de los autitos, y el de las muñecas.

Cosas de nuestra niñez.

Desde ese pasado, les decimos:

¡¡ Feliz día, niños del presente!!

Sol y Goliath

Sol Lada se llamaba la perra collie que Florencia pidió de regalo en algún cumpleaños cercano a sus quince. Vivíamos en Caracas. Alquilábamos un apartamento de primer piso que tenía abajo un lindo parque, con piscina y todo: el Terepaima, se llamaba. Desde nuestro apartamento se podía descender directo, por una escalera casi privada.

Sol tenía buen pedigree, Florencia decidió educarla y hacerla participar en un concurso en el cual salió bastante bien posicionada.

Sol nos acompañaba en todos nuestros viajes. En la playa, su instinto de ovejera, no permitía que nos separáramos. Ella nos acompañaba en el agua hasta las rompientes de las olas.

Disfrutaba. Jugaba con todos los niños en la playa.

Algo caprichosa, pero bella y noble.

Llegado el momento la hizo reproducir. Tuvo varios cachorros. Nos quedamos con el macho más grande. Lo llamamos (por su tamaño) Goliath.

Goliath pasó a ser de Natalia, la cual es especialista en mal criar mascotas. Lo logró.

Algo torpe, pero noble, fiel a esa raza amiga de la gente.

En los años siguientes nos mudamos un par de veces de casas.

La última que habitamos en Caracas era una hermosa quinta con un gran terreno en declive, en el cual habían siete árboles de mangos y mangas. Y un gran cañaveral. Las mangas son grandes, menos fibrosas y muy ricas. Tienen un carozo chato en su interior con aspecto de hueso.

Ambos collies se hicieron adictos a mangos y mangas, que caían permanentemente al piso. Andaban todo el día con sus pechos chorreados de mango anaranjado. Una mugre, pero eran felices en ese lugar.

También teníamos una gata, la Moña, que yo había recogido cuando la dejaron abandonada en el jardín de Othman, mi amigo.

Cuando regresamos a Argentina los tres animales vinieron con nosotros. Yo me había instalado primero en Buenos Aires para facilitar el regreso. El primero en sumarse fue Goliath, que vino solo, en avión. Yo lo recogí en Ezeiza junto con amigos de Natalia que ya habían regresado. De allí a aeroparque, donde tuvimos que esperar seis horas para tomar un vuelo a Córdoba, donde yo estaba alquilando una casa para el traslado familiar.

Semejante collie fue la atracción de grandes y chicos ese día, en aeroparque.

Volamos a Córdoba donde me esperaba mi sobrina Cristina y su marido Miguel, en cuya casa se quedaría Goliath por una semana, hasta que me entregaran la casa alquilada y yo hiciera todo el traslado de muebles y auto, que vinieron en container desde Caracas.

En la casa de mis sobrinos había un cocker que no aceptó la presencia de Goliath. Se pelearon. Logré encontrar una pensión de perros en Arguello donde Goliath vivió una semana. La pasó bien: era el protegido de la dueña del albergue perruno.

Un mes después llegó el resto de la familia, trayendo a Sol y a la Moña, en sus respectivas jaulas. De modo que se reunió la pandilla perruna/gatuna en Córdoba.

Un año después nos mudamos a Villa Allende, por supuesto, con los dos collies y la Moña. Florencia se fue a Italia y Natalia decidió volver a Caracas, los perros se quedaron con Susana y conmigo, vivieron felices hasta el final de sus días.

Ambos, Sol y Goliath están enterrados en el Parque de los Perros, un cementerio perruno ubicado camino a Río Ceballos. La Moña quedó enterrada en la casa.

Desde esas experiencias aprendimos a no abandonar nunca a una mascota, pese a las incomodidades y costos que muchas veces generan.

Y a la vez, hacernos protectores de muchas y muchos que abandonan por ahí.

Por eso no se sorprendan de saber que vivo aquí, en Valle de Anisacate, con seis perros de raza callejera, nacidos aquí, de perras abandonadas.

El perro sigue siendo el mejor amigo del ser humano.
No dije “hombre”, por tendencia inclusiva.

Esta casa donde vivo

Tiene su historia, solo de algunos años, pero historia al fin.
Cuando decidimos separarnos con Susana, hicimos un acuerdo: ella se quedaría con nuestra casa en Villa Allende.
Desde ahora es tuya, dije. Tuya y de nuestras hijas. Yo no la necesito.

Y me fui como un caracol, dispuesto a transitar nuevos caminos.
Anduve algunos meses por allí oteando horizontes con la brújula. Viví un año completito en un apartamento que me alquiló/prestó un amigo.

Un buen día, mi actual vecino, Walter, nos invitó a comer un asado aquí, en Valle de Anisacate. Me gustó el lugar. Me dijo: los dos terrenos de al lado están en venta.
Esto era entonces una soledad total. Zorros, liebres y cuises tenían madrigueras en ellos.
Los compré, con los pocos ahorros que tenía y con una honesta financiación del dueño que me extendió pagos por quince meses. Sin conocerme, todo un dato.

No pensé en ese momento que podría construir algo. No tenía un mango. Pero las destrezas adquiridas me habían enseñado como ganar dinero cuando era necesario.

Un golpe de suerte hizo que varias empresas conocidas me pidieran la elaboración de sus proyectos de innovación tecnológica. Junto con mi socia histórica en esos asuntos, elaboramos como diez o doce proyectos en un año. Eso me produjo ingresos suficientes como para animarme a levantar esta casa-cabaña.

Otro golpe de suerte puso en mi camino a Grego, un hábil artesano de la construcción que decidió estar a cargo de las obras. Yo hice los planos, completitos, era uno de mis oficios practicado por años durante las construcciones tecnológicas realizadas en el Caribe.

Debe ser algo simple y suficiente, me dije. Y decidí darle forma de cabaña amplia, dominada por la galería, que sería el espacio principal.
En un año y medio – aproximadamente – la construimos.
Grego hacía las obras civiles y yo instalaba los servicios de agua y luz, y los muebles de madera.

La casa estaba ya habitable, solo faltaban detalles.

Otro golpe de suerte. Yo había decidido no participar más en cargos políticos, después de siete años en la Agencia. Pero el gobierno me ofreció que me hiciera cargo del CePROCOR (Centro tecnológico y de servicios de laboratorio de la provincia), ubicado en Santa María de Punilla. Yo ya estaba jubilado, pero ese contrato temporal de cuatro años me vino muy bien para completar mi vida productiva (cerrar el ciclo) y tener ingresos que me permitieron terminar mi nido.

Una mañana de domingo, tuve un accidente. Con una sierra circular me destrocé el dedo pulgar de la mano izquierda. Luego de deambular sangrante por varias clínicas privadas que no se animaban a atenderme sin un cirujano experto, me fui al Hospital de Clínicas. La primera intención médica fue amputarlo. Me negué. Tendremos que limpiarlo a fondo – me dijeron – ¿te lo aguantas? La anestesia no hará mucho. Si, le dije, métale. Dos minutos interminables duró la cepillada. Pero lo salvaron. Adriana Stevenazzo, en el CePROCOR me hacía las curaciones diarias durante un mes y medio. Se salvó mi dedo. Gracias.

La casa-cabaña es simple y modesta, como yo quería que fuese. Un dormitorio que es a la vez mi sala de computación, con un gran placard, cuya construcción fue la que casi me cuesta el dedo. Otro dormitorio pequeño para cuando alguna de mis hijas o algún amigo casual, decide visitarme. Una sala cocina-comedor- estudio radial. Un sitio agradable, con una estufa tipo rusa, a leña. Un baño cómodo. Un pequeño sótano que aprovechó el declive del terreno y una galería-estar-parrilla-taller donde transcurren la mayor parte de mis horas. Allí trabajo con madera, que me gusta y hace bien, y corto las botellas con una máquina eléctrica que fabriqué para hacer los “vasos solidarios”, con los cuales nuestro Espacio busca juntar fondos para destinar a programas ambientales.

Un terreno de 600 m2 poblado de Acacias blancas que proveen sombra; tres Espinillos con sus Sachahuascas; dos Algarrobos en desarrollo; un Tala ídem; un Nogal que cuando quiere produce nueces; tres Palos Amarillos, el flamante ciruelo, y algunos canteros con plantas nativas varias, donde se destacan algunas “lagañas de perro” o “barba de chivo” (como más les guste llamarlas), y algunos malvones resistentes, de flor roja. Eduardo, un jardinero de estirpe, viene una vez por semana para conservar la flora.

Aquí me vine a vivir con el Morito, mi querido pastor alemán por el cual compré una camioneta, a la cual le hice cabina en la caja trasera para llevarlo conmigo a todas partes. (Le encantaba). Al Morito se lo llevó tempranamente un tumor, con tres operaciones infructuosas. Lo “lloré un río”.

Pero antes de morir una perra callejera dejó aquí varios cachorros, que el Morito adoptó y con ellos se inició esta familia perruna que me acompaña. Varios tuvieron otros destinos en casas de amigos, hija y ex. Tres “ellas” y tres “ellos” se quedaron aquí para siempre. Y me acompañan. Son los perros parlantes de mis cuentos.

Nadie (ni yo mismo) sabe si hablan con sonido o solo con la mirada. Pero hablan. Sienten que la casa es suya. Y la usan sin complejos. Son limpios. Por suerte. Conviven con dos robots y algunos otros personajes de la fantasía.

De tanto en tanto, algún amigo viene a disfrutar de un asado y unos tragos.

Vida simple y tranquila.

La cuarentena no me afecta. Así fue y es siempre mi vida. Los jueves voy de compras a Alta Gracia. Y rara vez salgo a otro lugar “distante”. La pandemia, con la aparición de múltiples deliverys ha simplificado parte de mi vida.

El “Sitio de Charly”, así se llama, requiere ahora un poco de atención. Algunas reparaciones y retoques de pintura.

Ya las haremos.

Aquí y así vivo. Me gusta leer. Escuchar música. Hacer un poco de radio.

Y, sobre todo, escribir, sin mayores pretensiones.

Un extraño ser atemporal, de origen calchaquí, Amaicha, se ha hecho adicto de participar en mis historias.

Además tengo un canario real: Quaf. Que no habla, pero canta.

A veces, suceden cosas mágicas. Y encuentros.

Todo, bienvenido. Puede ser un regalo de los dioses.